

estudios monográficos y analíticos, como los sintéticos de conjunto. Sobresalen las contribuciones de L. Elders, J. Auer y L. Scheffczyk.

Este libro puede recomendarse vivamente no sólo a sacerdotes y profesores de religión, sino a todos quienes, en este tiempo de confusión, buscan accesos nuevos a una devoción interiorizada de Cristo. Esto vale de manera especial, si se tiene en cuenta que el XXV aniversario de la Enc. de Pío XII «Haurietis Aquas» (15.5.1981) no ha sido apreciado apenas por la mayoría de los teólogos germano-parlantes, mientras que en otros países ha sido motivo de intensos impulsos pastorales.

Por todo ello, es muy de agradecer la pronta y pulcra edición castellana de estas Actas que, con el título *Cristología y devoción a Cristo*, ha editado ya el Instituto Internacional del Corazón de Jesús (Bogotá, 1982).

JO HANNES STÖHR

Inos BIFFI, *Meditazione eucaristiche*, Milano, Ed. Jaca Bock (col. «Già e non ancora», 64), 1982, 94 pp., 11 x 18.

El autor ha recogido en pocas páginas una elevada doctrina sobre la Eucaristía, que antes expuso en breves artículos o conferencias. Lo titula «Meditaciones», porque en realidad ofrece material abundante y rico para reflexionar fructuosamente sobre la Sagrada Eucaristía. Pero además, el opúsculo encierra datos muy importantes para la enseñanza teológica, la pastoral y la liturgia. Divide todo el temario en tres aspectos principales: a) la Eucaristía en el misterio de la salvación; b) la Eucaristía, sacramento de la cruz; c) la Eucaristía y la caridad: la Iglesia.

a) *La Eucaristía en el misterio de la salvación*: La Eucaristía sólo puede entenderse dentro de la historia de la salvación. Esto es muy importante, pues se han hecho en los últimos decenios no pocas exposiciones de la Eucaristía a partir del análisis de sus propios elementos sensibles: el pan y el vino, o considerando la forma externa en que se estableció: un banquete. No negamos que esto sea ilícito, pero se ha de tener el cuidado —y no siempre se ha tenido— de penetrar en el sentido genuino de la Eucaristía, que es lo significado por esos elementos sensibles. Esto sólo podemos conocerlo escuchando atentamente a Aquel que es el único que puede hacernos una exégesis de la Eucaristía y que está en el origen de la misma: Jesucristo, y, por lo mismo, sólo por la fe podemos acercarnos a tan augusto misterio. De ahí podemos entender que el designio de Dios no fue otra cosa que transmitir el amor de Jesucristo al mundo. El Cuerpo y la Sangre de Cristo no son otra cosa que su Persona, su vida, su realidad como Señor. Dios no puede dar más a los hombres. Esto nos explica el aspecto escatológico de la Eucaristía.

El amor de Dios exige de nuestra parte una correspondencia, pero nuestro amor, limitado y pobre, corre siempre el riesgo de generalizarse, y pierde así su propia naturaleza. Esta es la incongruencia de nuestra participación en la Eucaristía que no se traduce en un amor entregado a su

«próximo», por haberlo entendido con una universalidad inoperante. De aquí que el pecado sea lo más opuesto a la Eucaristía, porque el pecado es la antítesis del amor y rechaza el designio de Dios que es un designio de amor y se opone al amor del prójimo. El pecado nos coloca fuera de la historia, ya que la historia está iluminada por la Redención hecha por Jesucristo y, por eso, nos margina. El pecado es, en cierto sentido, como un aniquilamiento, como una «nada» querida, consistente en una voluntad rebelde al plan salvífico de Dios. Cristo fue a la Cruz y en ella manifestó su inefable caridad, una caridad puesta al servicio del Padre a quien glorifica y al servicio de los hombres a quienes salva. Por eso, el pecado es la gran objeción a la Cruz, y la culpa, no querer a Jesús en su caridad crucificada.

b) *La Eucaristía, sacramento de la Cruz.* A partir de la Cruz, que es la caridad del Señor, se comprende ahora la Eucaristía. El sacrificio del Señor, su obediencia amorosa, es el origen y el contenido de la Eucaristía. De este modo la Eucaristía es colocada en la historia de la salvación. Es el signo eficaz de su presencia entre nosotros, «donec veniat». Para mostrar esto el autor recurre al concepto de *sacramentum*, y lo hace con gran maestría. Es el sacramento algo «relativo», dice referencia a un acontecimiento, a algo memorable que ha sucedido en la historia de la salvación y lo actualiza. Esto es de grandísima importancia para la Eucaristía y para la celebración sacramental de toda la liturgia. Muchos de los desaciertos y errores que hemos conocido proceden de un falso concepto del sacramento, o mejor de una ignorancia de su propia naturaleza. ¿Cómo puede servir de alimento la víctima que aún no ha sido sacrificada? Porque fue el viernes, a la hora en que se sacrificaba el cordero pascual, cuando se ofreció el Señor en la cruz como auténtico Cordero Pascual. Murió el viernes y, sin embargo, ya el primer Jueves Santo de la historia cristiana se dio a los suyos como alimento pascual. Ocurre también hoy algo parecido: el Señor ha resucitado para no volver a morir y, sin embargo, todos los días presenta a la Iglesia su Cuerpo y su Sangre hechos víctimas del sacrificio. Esto es lo que nos explica el *sacramentum*, esto es, según aquella modalidad del culto que, por medio de ritos simbólicos, vuelve a renovar y a hacer realidad, a través de los tiempos, una acción de Dios ocurrida en una época determinada. Esto es precisamente lo específico del sacramento.

En la Cena del Señor y en toda la celebración de la Eucaristía, hasta el fin de los tiempos, tenemos una renovación sacramental del único sacrificio redentor del Calvario, como nos lo recuerda la liturgia de todos los tiempos y de un modo más especial la promulgada por Paulo VI. Si nos preguntamos por qué no bastó en el plan salvífico de Dios el sacrificio histórico, sino también se precisa su perduración sacramental, sólo encontramos una respuesta: porque nos amó entrañablemente, porque nos amó «hasta el extremo», porque en su amor quiso que también nosotros participáramos y nos asociáramos culturalmente a su sacrificio, y lo tuviéramos siempre presente, dada nuestra pobre naturaleza humana, tan olvidadiza y tan inconsecuente. De aquí, la irracionalidad de cuantos han celebrado la liturgia a su antojo y reduciéndola a una «comida ordinaria», a un ban-

quete más entre los hombres. Han cortado el hilo sacramental, misterial, que une nuestro culto a Jesucristo. Han olvidado que se trata de un «memorial» con todo lo que esto significa. El autor expone en bellísimas páginas estas ideas que nos comprometen sinceramente con la celebración eucarística.

c) *La Eucaristía y la caridad: Iglesia.* Los dos puntos anteriores llevan al autor a tratar el carácter eclesial, comunitario, fraterno de la Eucaristía. Dice muy bien que «la disponibilidad, la voluntad de la Iglesia de adherirse a Cristo, describe y ofrece el área de suscitación y de emergencia de la Eucaristía». No existe una liturgia eucarística que no sea al mismo tiempo un «consenso» de la Iglesia. La Eucaristía hace a la Iglesia en cuanto que la Iglesia nace del amor de Cristo, de la Cruz, del Espíritu que viene del sacrificio de Jesús. Por eso la Eucaristía hace a la Iglesia, como comunidad que sale de Cristo y lo expresa. Pero, al mismo tiempo, en otro plano diferente, la Iglesia es la que «hace» y «celebra» la Eucaristía «en memoria» del Señor. Juan Pablo II ha expresado esto en una forma lapidaria en su primera carta encíclica: Sacramento-Sacrificio; Sacramento-Presencia; Sacramento-Comunión. El autor no recoge esta expresión del Papa, mas sí su contenido.

La celebración eucarística debe proclamar la voluntad de la comunidad cristiana de asumir la caridad de Cristo, de entrar en el curso de su sacrificio; debe predicar la intención de que la caridad de Cristo se difunda y suscite la caridad de la Iglesia. La finalidad perfecta de la Eucaristía, según Santo Tomás de Aquino, es la Iglesia en cuanto es caridad de Cristo condividida, personalizada y capaz de hacer vivir en el amor. Celebramos la Eucaristía para poder amar, porque sin la Eucaristía permanecemos encerrados en nuestro egoísmo. El banquete de la Eucaristía, puesto que realiza nuestra comunión con el amor de Cristo, funda para nosotros la posibilidad de amar. De ahí que, en cierto aspecto, el fin de la Eucaristía es la generación de la fraternidad. Somos Iglesia en la proporción en que somos asumidos por la caridad de Cristo, expresada en la celebración eucarística en cuanto que es actualización de su sacrificio redentor en la Cruz. Por eso la Eucaristía es la síntesis del amor cristiano en todas sus dimensiones: es misterio de amor de Cristo a su Padre, a quien glorifica; y a nosotros, a quienes salva; misterio de amor de nosotros a Cristo y a su Padre en el Espíritu Santo; misterio de amor fraternal de unos para con otros. Comiendo de un único pan, nos hacemos los muchos un único Cuerpo de Cristo. Lo que se realiza en el sacramento y lo aceptamos por la fe, debe hacerse, en nuestra convivencia cristiana y humana de cada día, una realidad concreta y experimental. El amor de Cristo debe hacerse visible y operante en nuestra comunidad cristiana y humana.

El autor funda toda su magnífica exposición en los textos del Nuevo Testamento, que recoge al final de cada capítulo. Recomendamos vivamente esta obra de pocas páginas, pero de un contenido muy rico. Su lectura, su meditación, hará mucho bien.

MANUEL GARRIDO-BONAÑO